

TRIBUNAS

Loyola y su Compañía

ALONSO ESCALADA



En aquella magna asamblea de la Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Medellín, más conocida por las siglas de CELAM, se dieron cita obispos tan atractivos, mediáticamente, como don Helder Cámara; el obispo de Cuernavaca, Méndez Arceo; el de Chiapas, Samuel Ruiz, y teólogos de la posteriormente cuestionada Teología de la Liberación como el peruano Gustavo Gutiérrez. A esa conferencia había llegado, también, con su aureola de médico salvavidas en la catástrofe de Hiroshima provocada por la explosión de la bomba atómica el Padre Arrupe, a la sazón Preposito General de la Compañía de Jesús.

Hablaba el padre Arrupe y en la sala de conferencias, repleta de periodistas de todo el mundo, había una expectación especial por escuchar al personaje y a su mensaje. Yo me contaba entre los afortunados periodistas con el único inconveniente del que tenía al lado al corresponsal del diario Le Monde, que no cesaba de preguntar por el significado de una y otra palabra que se le escapaban y que posteriormente publicaría en su libro de escaso éxito: '¿Se ha convertido Roma?'. Arrupe no nos deslumbró por el fulgor de su pensamiento, ni por la brillantez del orador que provoca efectos en el oyente, sino por su sencillez y su autenticidad. Nos transmitía un mensaje en total sintonía con el evangelio y con la opción de su vida: la de los pobres. Era impactante oír a un jesuita y más al jefe supremo (superior le dicen sus subordinados) describir, diagnosticar y destacar con mano firme las necesidades del mundo de aquel 68, en especial, en el inmenso territorio de salvación de Latinoamérica, donde estaban como evangelizadores y orientadores los jesuitas. Arrupe, en aquella ocasión, no le dio las espaldas a la Teología de la Liberación, como se la daría después y con una advertencia de teología peligrosa el papa Juan Pablo II. Arrupe apostó valientemente, después de su propia conversión, por los invisibles ante la ley, por los desheredados del dinero y de la cultura.

Arrupe, a pesar de su acelerada pronunciación bilbaína, y de su escaso bagaje literario, se hacía entender, convenía y

hasta conmovía. El no hacía guiños al Che Guevara ni a Camilo Torres, porque la violencia no era recomendada por el evangelio, pero estaba convencido de que había que transformar el mundo y su tiempo, el hombre y su filosofía. El estaba en Medellín, como antes en Roma o en Bombay, para proclamar que su conversión al Evangelio no era una postura estudiada y que los jesuitas estaban no para interpretar el mundo, sino para cambiarlo. Posteriormente, tuve el agrado de saludarle y de transmitirle su saludo de mi hermano

jesuita. El aventurero Miguel de la Cuadra Salcedo me contaría que le había hecho una entrevista a pecho descubierto.

¿Estaba Arrupe en la línea de Ignacio de Loyola al optar por los pobres? ¿Había hecho una opción preferencial, si no equivocada, al menos rectificada y no aceptada por todos los militantes de la Compañía? ¿Fue oportuna su inesperada respuesta al jesuita que le decía que la Compañía estaba en horas de extinción?, «el último que apague la luz». No se trata de despejar incógnitas ni de actuar como profeta, pero en el actuar devenir de la Iglesia y de la Compañía, en esta hora de Francisco, el Papa de los humildes o de los pobres, tan jesuita como Arrupe y como Ignacio de Loyola, el momento salvífico u orientativo de esta Iglesia sacudida por los pecados de la pederastia y del mangoneo de palacio, entre cardenales y purpurados, amigos de grandezas y de finanzas oscuras, este otro seguidor del estilo de Loyola y de Arrupe, ha declarado: «Prefiero una Iglesia herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos».

Ignoro si Roma se ha convertido y si algún día se convertirá, pero me basta saber que en Roma hay otro peregrino que, como el cojo de Loyola, «solo y a pie», trata de pisar esta tierra y de poner a la hora de salvación su reloj y voluntad, su cabeza y su corazón. A los que se extrañan de que a Roma haya llegado un papa humano, no un 'pastor angelicus', que daba las buenas noches a los congregados en la plaza de San Pedro como una nueva bendición, hay que refrescarles la memoria y traerles a colación las maneras de entender el Evangelio, dentro de la espiritualidad ignaciana, de un Teilhard de Chardin en el desierto de Manchuria como de un Vicente Ferrer, (después secularizado), entre los dalís de la India, y que ambos estilos son tan de marca ignaciana como el voto de obediencia al Papa.

En la Compañía fundada por el cojo peregrino hay muchas maneras de entender cómo se trabaja se sueña por la «mayor gloria de Dios».

Ser rico es muy arriesgado

JOSÉ MARÍA RUIZ SOROA

Como es sabido, el agua es el recurso natural de mayor importancia para la subsistencia humana. Tanto o más para el desarrollo de actividades agrícolas, industriales, artesanales, deportivas, culturales o de ocio.

La única respuesta que recibíamos hasta hace pocos años los que nos atrevíamos a denunciar la escandalosa desigualdad ciudadana que provoca en España el sistema de financiación foral era la de que las cifras no eran las que decíamos, que eran otras (aunque no se precisaba cuáles). Bueno, pues en algo hemos avanzado: ahora nuestros foralistas admiten las cifras de la desigualdad, y si defienden el injusto sis-

tema que las provoca lo hacen con el argumento del 'riesgo unilateral'. Las ventajas de las regiones forales se fundamentarían en el hecho de que ellas asumen un riesgo con ese sistema: el de que si les fuera peor económicamente hablando, el sistema común español no vendría en su ayuda. Ventaja y riesgo se explican mutuamente, Gatzagaetxebarria dixit.

Antes de examinar el valor de este argumento permitaseme cifrar correctamente la ventaja que el País Vasco recibe del sistema foral de financiación. Los últimos estudios de la Fundación BBVA sobre el Sector Público Español (y no creo que el señor Erkoreka pueda llamar al BBVA «enemigo de los vascos») establecen que la

Comunidad Autónoma recibe una aportación neta del sistema español equivalente al 4,6% de su PIB, lo cual medido en euros puede llevar a decir (como hacía la editorial de este periódico hace unos días) que cada vasco es subsidiado en unos 2.000 euros por España. Sin embargo, esta conclusión no es correcta. El subsidio es mucho mayor, por la sencilla razón de que para medir la ventaja vasca hay que sumar a lo que recibe lo que se ahorra. En concreto, si de acuerdo con el PIB per capita vasco, que es ligeramente superior al de Madrid, a la Comunidad le correspondería un déficit fiscal de por lo menos el 7%, y en cambio tiene un superávit del 4,6%, la ventaja obtenida es de alrededor del 12% del PIB. El triple en euros de los 2.000 señalados. ¿O es que se nos ha olvidado el sencillo arte de sacar las cuentas?

Para valorar este 12% basta compararlo con otro caso bien conocido de transferencia de subsidios: desde 1987 hasta 2004 España recibió de la Unión Europea una transferencia neta de alrededor del 0,9% de su PIB anualmente. Lo que eso significó lo vimos palpablemente todos.

Bueno, pues conviertan el 0,9% en un 12%, apliquenlo acumulativamente desde 1980 hasta hoy, e imaginen lo que implica para la Comunidad receptora. Sencillamente, que 'los vascos nos salimos'.

Y vayamos con la luminosa idea del riesgo unilateral de que, dado que el foral es un sistema cerrado, si la economía va mal en Euskadi nadie nos ayudaría. ¿Es así? No, es una falacia sin valor alguno, el último recurso dialéctico para defender lo indefendible.

¿Por qué? Primero por una sencilla razón estadística o histórica: el sistema de concierto lleva en funcionamiento (con cambios) desde el comienzo del siglo XX con la interrupción franquista parados de las cuatro provincias. Más de 50 años. ¿Alguna vez se ha materializado ese riesgo que se invoca? ¿Alguna vez las provincias o Euskadi han quedado atrapadas por el sistema ante un empobrecimiento súbito? Nunca. Escaso riesgo hay entonces en apostar por que no ocurra algo que nunca en la historia ha ocurrido.

Pero, segundo, el argumento ignora que España si ha sido solidaria cuando ha

hecho falta. Recuérdese la reconversión industrial de los ochenta, o la regeneración urbanística de la villa que tanto nos admira y complace. Pues, ¿con qué dinero se hizo si no con una ayuda substancial del Estado? ¿O es que Madrid dijo ante esos problemas, «lo siento, pero arréglenlos ustedes solitos que para eso tienen el Concierto»?

Pero es que, finalmente, el argumento es una falacia descomunal ante la más simple lógica. Para explicarlo, permítanme una analogía: imaginen que Messi (u otro potentado similar) propone a Hacienda el siguiente trato: mire, señor Estado, yo no voy a pagar impuestos sobre mi renta (que parece son de unos veinte millones anuales) pero, a cambio, asumo el riesgo unilateral sobre mi vida y mi futuro; es decir, pase lo que pase nunca podré pedir a este Estado ayudas sociales, paro o renta mínima de inserción alguna. Es un trato equilibrado, ¿no? Supongo que el lector habrá sonreído ante la desfachatez de la idea de que los ricos propusieran a la comunidad asumir un 'riesgo' (que no existe realmente (precisamente porque son ricos)) a cambio de dejar de contribuir a lo común.

Bueno, pues lo del 'riesgo unilateral vasco' es similar: para una Comunidad que es la más rica de España en términos relativos y que lo ha sido desde hace mucho, no existe riesgo alguno en asumir que se queda con todos sus impuestos y que a cambio, si las cosas fueran mal, no pediría ayuda a los demás.

Mientras sea más rica, no hay sino ventajas, sin riesgo alguno. Y cuanto más dura el sistema, más rica se hace y menor todavía es el riesgo (si alguna vez existió). Hasta el hacendista más simple sabe que un sistema de concierto, aquí o en Malasia, favorece necesariamente a las regiones más ricas del país porque les permite apropiarse en exclusiva del exceso de recaudación provocado por la progresividad del sistema fiscal. Y así les hace más ricos aún. Claro que, como dice Erkoreka, el sistema tiene un apoyo político y ciudadano enorme entre nosotros, casi de 'superconsenso'. Bueno, lo raro sería que no lo tuviera, claro. Pero, ¿es que el consenso de los ricos en seguir siéndolo a costa de los demás tiene algún valor justificativo? Pues eso.